

## EL IMPERIO

DESDE GALBA HASTA TRAJANO.

---

### LECCION SEGUNDA.

SEÑORES :

Vamos á describir una de las épocas más dolorosas del Imperio romano, incierta en sus ideas, indecisa en sus luchas, agitada por continuos movimientos y cambios; sin fé, sin virtudes; nacida de una larga servidumbre, y como la servidumbre, flaca y vil; época, en que toda idea de derecho se borra en la mente del pueblo, y todo hábito de obediencia en el ánimo del soldado; época, en que la religion antigua se pierde sin que las conciencias se aperciban á recibir un nuevo dogma, ni los corazones á sentir el calor de una nueva fé; época en que los lazos de la familia se quebrantan y los dulces y amorosos sentimientos de la amistad se olvidan; época manchada con guerras civiles y

extranjerías, con delaciones infames, con asesinatos horribles, con perjurios, con la rebelión de quien debía obedecer y la esclavitud de quien debía mandar; con el reinado de príncipes, cuyas armas son juguete de las alteradas pasiones; época que se ahoga en una orgía inmensa de lágrimas y sangre, como suele acontecer á todas las épocas, que olvidadas del principio de libertad, alma de nuestra alma, esencia de nuestro ser, venden la dignidad y la responsabilidad del hombre, móviles de las grandes acciones, de los preclaros hechos, al capricho cambiante y tornadizo de un insensato tirano.

La verdad es, señores, que el mundo romano pasaba por una crisis suprema, en la cual ni se avenía con la pérdida de la antigua libertad ni dejaba la nueva servidumbre. La imagen de la República se alzaba como una sombra querida del seno de todas las tempestades; y los ánimos levantados, los que aún guardaban con amor el recuerdo de los grandes tiempos de Roma, al contemplar el envilecimiento y la prostitución universal, renunciaban á la grata esperanza de tornar á ver la patria de sus padres. Esta situación extraordinaria del mundo antiguo, tan digna de nuestro estudio, prueba, señores, que la virtud es la compañera inseparable de la libertad. El patriciado romano se olvidó de los campos, de los campamentos, de su antiguo estoicismo, para acordarse solo

de allegar riquezas y saborear placeres; el pueblo, cansado de luchar, se entregó á un hombre que le dirigiese y le representase; cambió su derecho por un bocado de pan, sus armas por las fiestas, sus comicios por el circo y el teatro; y pueblo y patriciado cayeron bajo el peso de las cadenas, rendidos más bien por sus propios vicios que por el poder y la fuerza de sus señores.

Y sin embargo, cuanto más miro y estudio la caída de la República romana, más me afirmo en mis antiguas ideas sobre este grandioso acontecimiento. La República debió haber realizado el ideal del derecho que traía en su seno la nueva filosofía; no lo realizó y vino necesariamente á realizarlo la fuerza. La República debió abrir las puertas de Roma á toda la humanidad; se empeñó en cerrarlas, y vió destrozadas esas puertas por el hacha sangrienta de la dictadura. La República debió levantar las clases desheredadas, conseguir la igualdad en la libertad; quiso degradar esas clases, quiso mantener los privilegios, y trajo la igualdad en la servidumbre. La República debió haber cedido á los clamores de los plebeyos en la cuestión social como había cedido en la cuestión política y en la cuestión religiosa, quiso aherrojar las clases pobres en la abyección, en la miseria, y la abyección dió de sí la servidumbre, la miseria y la muerte. Una libertad privilegiada, una libertad aristocrática, una libertad que no se funda

en el derecho, que no reconoce y proclama la igualdad, condicion de la existencia de todas las libertades, despues de engendrar una lucha estéril se quebranta y rompe necesariamente; porque esa libertad es una cadena más pesada para el pueblo que la misma servidumbre; y como la libertad romana, que habia animado los altares con un nuevo fuego, los comicios con un nuevo derecho, la plebe con un nuevo espíritu, al tocar en la organizacion social, que será siempre la raiz de la libertad, retrocedia y se tornaba privilegio para el noble y abyeccion para el pueblo; como queria vivir de una gran injusticia, atrajo sobre Roma fatalmente, pues en la sociedad como en la naturaleza cada cosa engendra su semejante, atrajo la injusticia enorme del Imperio. La responsabilidad del Imperio cae sobre la frente de la aristocracia romana.

¡Y qué estado, señores, el estado de Roma tan terrible! Las legiones, los ejércitos habian aprendido con la caida y encumbramiento de los emperadores que era suyo el Imperio, y un Imperio que solo pertenece á la fuerza pertenece á la injusticia. Y el ejército, en verdad, no era aquel ejército, precedido de la victoria, disciplinado por una autoridad sagrada, compuesto de ciudadanos nacidos en el recinto del *Pomerium*, protegido por las divinidades de la antigua Roma, ganoso más que del botin de ceñir ó una corona de encina ó

una corona de laurel, amante de la ciudad, por cuyo engrandecimiento exhalaba de grado la sangre y el espíritu; no era aquel ejército, que se movia como un solo hombre á la voz de sus generales, que llevaba en sus lanzas la luz de una nueva idea, que abria los surcos de la tierra para derramar la semilla de la civilizacion; no era aquel ejército, que habia espantado la tierra y sometido las naciones, y arrastrado á su carro todos los reyes; no, señores, era un ejército mercenario, indisciplinado, pronto á la rebelion, tardo á la obediencia, dispuesto á rasgar con sus lanzas la púrpura imperial, reclutado entre los enemigos mismos del nombre romano, sostenido por el cebo del lucro y de las ganancias; sin conocimiento del derecho, sin amor á la libertad, sin respeto siquiera á la reina de las naciones; ejército que aparece siempre despues de las grandes catástrofes en todas las épocas infaustas en que pierden los corazones el sentimiento de la propia dignidad y las conciencias la intuicion divina de la justicia. El pretoriano, cuya influencia social comienza en este supremo instante, ávido de placeres, ganoso de dinero, dado al juego y al vino, poseido de todas las pasiones, amante del peligro, mal hallado con el reposo, anhelando tratar en sus campamentos la política, como si los campamentos fueran comicios, conociendo que á su alrededor solo habia un senado sin conciencia y un pueblo sin liber-

tad; ora por probar su poder, ora por divertir su gusto con grandes y entretenidos espectáculos, ora por allegar más dinero; gozábase en levantar emperadores y derribarlos; en dar cada día, si era posible, un nuevo dueño al mundo; en mudar jefes como se mudan de vestiduras y de nombre los histriones en el teatro; en demostrar que sus lanzas eran el único título de derecho que tenían los Césares; calamidad tristísima que debía dar en tierra, más tarde ó más temprano, con el Imperio, porque no hay cosa para sostener los poderosos Estados más débil, que la fuerza.

Y aquella sociedad no tenía para estos grandes males remedio. La fuerza de los ejércitos no podía ser compensada por ninguna otra fuerza. Perdido el ideal de la sociedad antigua, aunque el espíritu de un nuevo derecho corría en el fondo de todos los hechos y de todas las instituciones como una sávia oculta, la sociedad llagada, enferma, no sabía ni qué temer ni qué esperar, y no tenía un instrumento con que contrastar la fuerza de la espada. El trabajo, que es la gran redención de los pueblos esclavos, de los pueblos desgraciados, no podía salvar á Roma. Aquella sociedad tenía en su seno una idea corrosiva bastante á matarla y destruirla; una idea que la filosofía iba poco á poco desvaneciendo, pero que la sociedad, tarda en seguir el vuelo del pensamiento, conservaba todavía, la idea horrible de la des-

igualdad de los hombres. Esta idea infundía en unos aliento, en otros humillación y vergüenza; levantaba á unos al dominio del hombre, y precipitaba á otros en degradante esclavitud. Los nacidos para dominar, creían que el trabajo les degradaba y envilecía, y pasaban su vida en sus grandes palacios y en la plaza, ora tendidos en sus lechos, ora vagando por sus pórticos, ora en el aromático baño, ora en el teatro, ora en el circo, siempre en la ociosidad, nunca en el trabajo. El aristócrata antiguo, al emanciparse del trabajo, rompía una ley de la naturaleza humana, y como el quebrantamiento de las leyes naturales trae siempre consigo el mal, aquellos aristócratas sin trabajo, eran un gravísimo peligro para el Imperio, porque su ociosidad corrompía las costumbres ó infestaba los aires. Aquellos hombres, llenos de riquezas allegadas sin trabajo y dispendiadas sin consideración; ajenos á las luchas políticas, porque el Foro estaba cerrado y abandonada la plaza pública; indiferentes en religión, pues sentían que el frío de la muerte apagaba el fuego en los altares y la idea celeste en los dioses; corrompidos por aquel epicureísmo, que helaba los corazones, y poco á poco les hacía caer en la indiferencia; sin amor á la patria, pues la patria era para ellos un inmenso calabozo; sin respeto al Imperio, que temían como se teme á los tiranos, y la tiranía, si infunde miedo, no puede

infundir nunca respeto ; lastimados de la pérdida de la libertad , pero faltos de valor para recobrarla ; derramando muchas lágrimas por la República , pero poco dispuestos á derramar por la República su sangre ; nunca aptos para las luchas y siempre dispuestos á recibir el frio beso de los placeres ; disgustados de la vida que se arrastraba pesada y turbiamente en los festines ; en tan extraordinario estado , en época tan difícil , cuando caian sobre su clase tantos males , cuando se condensaban sobre sus cabezas tantas tempestades , en vez de buscar en el trabajo alivio para sus dolores , fuerza para sus cuerpos y robustez para su misma naturaleza , caian en esa indolencia , en esa atonía , que , paralizando la vida , corrompia el espíritu , y lo precipitaba fatalmente en la servidumbre. El patricio entregaba toda su vida , toda su fuerza al esclavo. El esclavo le vestia , le bañaba , le seguia en toda la vida , le acompañaba al paseo , le servia de rodillas la comida , le arreglaba las cuentas de la casa , le sostenia en sus brazos hasta pasar de un lado á otro de la calle , le cultivaba las tierras , le guardaba los ganados , le divertia , le adulaba , le servia para blanco de sus odios , y muchas veces sentia y pensaba y queria por sus mismos dueños , absorbiendo su fuerza , su inteligencia , toda su personalidad ; pues como la naturaleza humana no puede ser nunca engañada ni eludida , aquellos esclavos , despojados de

toda dignidad , de todo derecho , eran realmente los artífices principales de la sociedad , que los arrojaba de su seno , como si Dios quisiera de esta suerte castigar las injusticias de los hombres. El patricio descendia por su indolencia hasta anularse , y el esclavo se alzaba poco á poco á ennoblecerse por su trabajo. Pero la sociedad antigua levantada sobre los privilegios de la aristocracia , en esta flaqueza de las clases superiores , se destrozaba , se perdia. En tiempo de la República la aristocracia iba á la guerra , y en la guerra ejercitaba su actividad , y vivia la vida tempestuosa pero fecunda de la libertad ; mas despues del Imperio , como la señora de las naciones se entregaba vilmente á los mercenarios , y como los ejércitos eran reclutados en extraños países , el antiguo guerrero , el patricio que habia aterrado al mundo , guardaba su espada enmohecida , sin gloria ya y sin brillo , oprimido por una desesperacion , que no podia aliviarse en el seno mismo de los campamentos que eran el gran teatro de la nobleza.

El pueblo romano caía en la misma degradacion , en el mismo abatimiento que la nobleza. Para él no existia en verdad la ley del trabajo. Sin recordar el dia de ayer , sin curarse de hoy , sin pensar en mañana , su vida era vida de placeres y alegría , vida corruptora y venenosa. Seguro de que el pan nunca podia faltarle , ni á él ni á

sus hijos, se daba á todos los vicios que trae consigo la carencia del trabajo; señores, del trabajo, que es la sal que conserva sana y pura la vida. ¿Y qué podía inquietarle? El mundo era para el plebeyo rey como un inmenso espectáculo; el emperador como un siervo. Desde que la gran dictadura revolucionaria se apoderó del mundo, el plebeyo no tuvo que pensar en política, porque el emperador pensaba por él; ni en leyes agrarias, porque siempre tenía pan; ni en humillar á la nobleza, porque la nobleza habia caido herida á sus plantas; ni en ir á los comicios, porque sus comicios eran el circo y el teatro; ni en las guerras, ni en los campamentos, porque los íberos, los galos, y hasta los mismos germanos velaban con sus armas el sueño de Roma y la seguridad del Imperio. ¿Qué podía faltarle? Pan tenía. La Aumona era su despensa pública; un prefecto perpétuo se encargaba de repartirle trigo, un prefecto, que daba disposiciones para que el romano comiese pan blanco y sabroso; el mundo entero le enviaba sus frutos; una flota inmensa tenía el destino de conducir trigos á Italia; Chipre, la Beozia, las Islas Baleares, Cerdeña, Córcega, Sicilia y Egipto, vaciaban sus cosechas en el granero de Roma, á cuyas puertas iba el plebeyo á recoger cuidadosamente su alimento, seguro de que nunca habia de faltarle, porque su alimento era la paz del mundo y la salud del Imperio; la dictadu-

ra, nacida contra las clases superiores, contra la aristocracia, fiaba todo su poder y toda su fuerza al brazo y á la autoridad de los plebeyos.

Y el pueblo se divertía como la misma aristocracia, y su vida era vida ligera gastada en fiestas y placeres. Asegurada la existencia de su cuerpo solo pensaba el plebeyo romano en divertir su alma. La sociedad se curaba de dar pan al pobre y también espectáculos, para más hundirlo en la esclavitud, en el torpe olvido de la dignidad humana. El plebeyo tenía por palacio la ciudad entera; pórticos larguísimos adornados con estatuas de mármoles y bronces eran sus paseos; bosques donde crecían las plantas de todos los climas y volaban las más raras aves eran sus jardines; baños cubiertos de mosaicos, ricos en todas clases de jaspes, adornados con cuadros traídos de Grecia, encerrando maravillosas bibliotecas, eran sus salones; anfiteatros inmensos abiertos en las rocas, más duraderos que el tiempo, capaces de contener todo un pueblo, circos llenos de monolitos del Oriente, de colosos, de obeliscos egipcios y naumaquias destinadas á los espectáculos navales alimentadas por las aguas de caudalosos rios, pudiendo recibir en su seno una escuadra, abiertos algunas veces en la cima de las montañas entre nieves eternas; y templos, en que se reunían las más hermosas jóvenes á ofrecer sacrificios con los tributos de la naturaleza, á celebrar fiestas;

danzas y conciertos eran sus fiestas; y la vida del pueblo, que necesita un cauce donde extenderse y correr, no pudiendo penetrar en los comicios, ni dilatarse en los campos de batalla, se desbordaba por baños, pórticos, bosques, circos, teatros y naumaquias; ansiosa de grandes emociones, que fingiesen la agitacion y el movimiento, ya que no la salud y la grandeza de las libertades públicas.

Todavía, señores, cuando leo los grandes libros que la antigüedad nos ha legado, me parece que se levanta del polvo de los siglos uno de aquellos teatros en que el pueblo romano se extendía y se espaciaba; el campo de Marte, por ejemplo, la fantasía que dá vida y color á los recuerdos históricos, finge y pinta en aquel campo los pórticos de cien columnas corintias; los teatros de Balbo y de Pompeyo con sus espaciosas galerías; el mausoleo de Augusto ornado con magníficas estatuas de bronce; el monolitho egipcio de color de rosa, que se pierde entre los arreboles del cielo; el Panteon circular, cortado en severas columnas, reverberando la luz en sus doradas cornisas, en sus chapiteles de bruñido acero; el bosque sagrado, que recuerda las glorias romanas con sus sepulcros de Escipion y de otros mil héroes; el Anfiteatro, en que rugen las fieras; veinte y dos templos esparcidos aquí y allá, abiertos siempre y siempre humeando el fuego del sacrificio; henchido el ai-

re de cánticos, lleno el suelo de flores; el monte Vaticano á un lado, al otro la colina del Janículo con sus fortalezas, como el casco de la ciudad guerrera; y limitando el horizonte y perdiéndose en sus últimas azuladas indecisas líneas, los varios y poblados jardines de Agripa; y en medio de tantos templos, de tantos circos y teatros, de tantos jardines, el esclavo con su túnica corta, el senador con su larga toga, la matrona en su carroza de marfil, el guerrero reflejando el sol en su casco, el gladiador que corre al circo entre los ahullidos de la muchedumbre, el farsante que se apercibe á calzarse el coturno y encubrirse con su máscara, el sacerdote con sus guirnaldas de verbena en la mano, la vestalenvuelta en su blanco manto, el filósofo epicúreo que se ríe de todo como un sátiro al pié de un bajo relieve; en una palabra, el pueblo, sí, el pueblo romano, que allí trasformaba la civilizacion y disponia de los destinos del mundo.

En verdad, señores, nada podia esperarse de este pueblo. La corrupcion penetraba hasta el fondo de su corazon. La política venia á ser un divertimento. El pueblo gustaba de las luchas de las guardias pretorianas, como de las luchas de los gladiadores en el circo, y asistia á ver la entrada y salida de los emperadores en el trono como á ver entrar y salir los farsantes en el teatro. El pueblo romano del Imperio no era, no podia ser el

pueblo romano de la República. El pueblo romano de la República era severo, batallador, austérrimo, dado á las inclemencias de los campamentos, gozándose en las batallas como si Dios lo hubiera destinado á la tempestad y á la guerra. Sus costumbres eran frugales, su instinto político delicado y seguro, su vida el combate; cuando no peleaba por la patria en los campos, peleaba por la libertad en los comicios. Así ningun pueblo de la tierra ha sido más porfiado en sus luchas, ni más feliz en sus victorias. Coronado con la idea de su derecho, comprendiendo los privilegios en que se refugiaban sus enemigos, aquel pueblo llegó felizmente á la más alta de sus conquistas, á la posesion de sí mismo por su libertad. Desde el polvo donde estaba sumido al rayar su historia, se levantó á ser rey, á ser legislador, como artífice de su mismo espíritu. Amaba aquel pueblo á Roma como el buen hijo ama á su madre, con ese cariño mezclado de respeto, que nunca profana, ni con el pensamiento, al objeto amado, y siempre está dispuesto al sacrificio. El carácter del pueblo romano es un carácter singular, único en la historia, lleno de vigor y de fuerza; carácter férreo, apto para el fin providencial á que le llamaba la historia. Dios habia destinado el pueblo romano á un fin supremo; habia destinado su conciencia á poseer la idea del derecho, su voluntad á fundir en un crisol la tierra. El pueblo

de la República representa una faz del destino de Roma; y el pueblo del Imperio representa otra faz de ese destino universal y humanitario.

El pueblo del Imperio no es el antiguo pueblo romano. Este habia desaparecido de la faz de la tierra. Ya creo haberlo dicho en el año anterior. El pueblo romano, como una víctima expiatoria, se habia sacrificado en el ara de la tierra, en el altar donde centelleaba la idea sagrada de la unidad del mundo. Por fundir toda la tierra, por celebrar la unidad del género humano, por abrazar en su inmenso seno todas las razas, por realizar la primera union de la humanidad, union por la fuerza para que el Cristianismo la completara por el amor y por el espíritu, por cumplir su destino providencial, el pueblo romano habia derramado toda su sangre, se habia despojado de su vida, habia cubierto con sus huesos y con sus restos la tierra. El pueblo romano del Imperio era indolente, y pasaba su vida en la pereza, en sus paseos, en sus jardines, en sus grandiosos espectáculos. Sin costumbre alguna de trabajar, sin aficion á la guerra, tenia que consumirse necesariamente en la debilidad, en la afeminacion. Los pueblos extranjeros le habian infundido su sangre, y aquel pueblo era feroz como el galo, indolente como el oriental, ligero como el griego. El pueblo de la República dominó al mundo, y el mundo entero dominó al pueblo del Imperio. Las



razas más bárbaras, las más enemigas de Roma, las que por fuerza se habían sometido á su coyunda, abandonando sus bosques, sus madrigueras, sus montes, corrian á la Ciudad Eterna, donde encontraban un templo, un hogar, un lecho, y allí, sintiendo su corazón agitado por un amor misterioso, su inteligencia conmovida por una idea sublime y extraordinaria, bebiendo el licor de una nueva vida en la copa de los templos y de los festines romanos, se transformaba el bárbaro en otro hombre, é ingería su vida inocente, su vida salvaje, su vida exuberante en las venas canceladas de Roma; y así la ciudad, en vez de alimentar al mundo, era por el mundo alimentada con nueva sangre; y este maravilloso trabajo, nunca bastante admirado, venía á ser como la gestación de una nueva ciudad, que perdía el egoísmo de razas y de familia para extender el universal dominio del derecho. Parece que hay aquí una contradicción, y no la hay, señores. ¿Cómo alabar al pueblo de la República y reconocer que cumplía un destino más maravilloso el pueblo del Imperio? La razón es sencilla. El pueblo republicano mirado desde el punto de vista de Roma es más grande, pero el pueblo imperial cumplía un destino más sublime. Dios, que es el eterno artista de la historia, suele con malos instrumentos grabar en el espacio las ideas más sublimes y más grandes. Roma abría sus cerrados

muros á los hombres que entraban en su recinto á recibir la consagración de su soberanía.

Pero no nos engañemos, señores. La aristocracia durante la República vició y corrompió al pueblo, y durante el Imperio, pagó la aristocracia caramente esta corrupción. Si el pueblo no trabajaba, culpa era de los nobles, que, llevados de la codicia, habían roto en las manos del plebeyo los instrumentos del trabajo, y para más lucrarse con sus tierras, habían convertido aquellos hermosos fructíferos campos de Italia, donde la agricultura encontraba manantiales de vida, aquellos campos tan cultivados y tan fecundos, en inmensas praderas para el pasto de sus ganados, con el fin de que un solo esclavo pudiese cuidar de la tierra y ahorrarse así salarios y jornales; medida económica atroz, señores, pues aun mismo tiempo sumía en la pobreza al pueblo y en la esterilidad á la tierra; medida que lloraron los pueblos con lágrimas de sangre, pues ella planteó el problema social y atrajo fatalmente la ley agraria; medida que arrojó en las calles y plazas de Roma un pueblo sin trabajo, pronto á toda revolución que mejorase su triste suerte, dispuesto á levantar en brazos á cualquier tribuno, ó á cualquier tirano que le prometiera cuando menos una segura venganza.

Si el pueblo se había acostumbrado á los grandiosos espectáculos, la culpa era de los patricios,

pues le daban en toda sazon y por cualquier motivo grandes juegos, grandes fiestas, combates de gladiadores, en que sacrificaban á los hombres más robustos y más hermosos del mundo; combates navales celebrados en el campo de Marte, en que morian millares de soldados enrojando las aguas del Tíber; grandes comidas celebradas en las plazas á la luz del sol entre cánticos alegres y concertadas armonías; luchas de fieras traídas de los más apartados climas de la tierra; histriones acariciados por los grandes señores como lo era Roscio por Sila; juegos por el recuerdo del triunfo de Roma sobre Annibal, juegos por el triunfo de César sobre Juba, juegos por la batalla de Filipos, juegos para todas las estaciones del año, juegos instituidos por una gran prostituta y pagados de sus infames caudales, juegos hasta por la rota de Cannas y por la toma del Capitolio; pero juegos en que el placer se desbordaba, en que el pudor se perdía, en que corrían la sangre y el vino mezclados, en que el pueblo se degradaba, complaciendo así á la nobleza; que en la degradacion del pueblo ponía principalmente la nobleza la base de su dominio.

Si el pueblo buscaba un amo, culpa era tambien de la aristocracia, porque ejercia el patronato, esa institucion paternal, de una manera inícuca; y lejos de ser la proteccion y el refugio de los plebeyos, se gozaba en verlos ir humildemente

con su espórtula á la puerta de la casa; en mofarse de ellos entre los bufones y esclavos; en tenerlos en el átrio al lado de los perros; en obligarles á que le llamaran señor y hasta rey, nombre odiado siempre por los romanos; en hacerles ir agitados, sin aliento, detrás de su litera; en mirarlos con desden y con desprecio, negándoles hasta el saludo; en arrojarlos un pedazo de pan con menos cariño que á sus sabuesos; en tenerlos aherrojados á una cadena, y soltarlos solo en los comicios en el dia de la eleccion de las magistraturas, para que devorasen á sus enemigos y levantaran á sus tiranos al poder; conducta criminal que debió dar sus frutos; porque el pueblo, que por el instinto y la intuicion alcanza más que las altas inteligencias por el lento raciocinio, comprendió que un gran patrono, levantado sobre los patricios, habia de humillar á los que le humillaban; y cansado de una tiranía pesadísima, optó por otra tiranía más liviana, y se entregó á los Césares.

Tal era, señores, el estado de la sociedad romana á la muerte de Neron, con el cual moria la familia de los emperadores. En el año anterior hablé, señores, de esta muerte lastimosa y trágica, que fué tan extraordinaria como habia sido su vida. Suetonio, que suele ser vulgar en sus escritos, narra con maravillosa elocuencia el último trance de áquel hombre, que acertó en desear la inmortalidad y la gloria y erró en creer que la